

Desgrabación por “El Cisne”

por *Esteban Levin*

¿Qué lugar ocupa el humor en su espacio profesional?

Entiendo el humor como una experiencia infantil necesaria, como un modo de construir lo que llamo lo infantil de la infancia. Con relación a la discapacidad es muy importante que los niños puedan construir este espacio. Para ello es necesario establecer una diferencia entre lo cómico y el humor, una diferencia ya establecida por Freud. Para que un niño pueda armar el humor tiene que tener constituida cierta imagen del cuerpo y jugar con ella, hacer uso de esta imagen, reírse de uno, reírse del otro en el sentido de poder jugar como modo de estructurar su subjetividad. Esto implica necesariamente cierto humor, por ejemplo al jugar a los monstruos, jugar a los miedos, jugar a que es otra cosa o jugar a que las cosas hablan, cualquier juego que el niño establece tiene una cuota de humor. Y la revés, nosotros nos preocupamos cuando nos encontramos con un niño, con cualquier tipo de discapacidad, que no puede jugar, que no puede poner en juego el humor. Si un niño encarna dramática o drásticamente su diagnóstico, difícilmente pueda reírse de él o pueda establecer con otro un lazo que este mediado por el humor como un espacio de encuentro, y como un modo de exorcizar la discapacidad, de elaborarla.

¿Qué experiencias menos evidentes, más allá de lo gracioso suceden a través del humor?

El humor dice las cosas de una manera indirecta, enmascarada, en un sentido donde es posible decir grandes verdades, que de manera “seria”, no se dirían. Esto es lo que llamaríamos el “chiste periodístico” o la caricatura, donde a través del humor uno puede decir ciertas cosas porque están dentro de este plano.

En este mismo sentido, en la infancia y a través del humor, los niños pueden colocar sus fantasías, sus miedos y su crear, porque el hecho de que algo sea humorístico implica una cierta creación, una cierta invención.

En un costado el humor también implica una cierta mentira, por un lado muestra una cosa y oculta otra.

Esta capacidad que tienen los niños de transformar una cosa en otra, ciertamente está muy ligada al humor. Por eso nos preocupa mucho cuando un niño realiza estereotipias, porque una estereotipia es lo opuesto al humor y, si se quiere, a la experiencia infantil. Ni siquiera es una experiencia adulta sino que instala un tiempo fijo contrario al tiempo del humor que es un tiempo dinámico, en el que uno se ríe de la temporalidad de las cosas que pasan. Por eso afirmo que a partir del humor se crea un espacio de encuentro con el otro y colocar en juego muchas más cosas que de otro modo no se podrían. Lo difícil de esto, muchas veces no es tanto el niño, inclusive el niño que porta una discapacidad, sino que para que éste pueda construir el humor, el otro (llámese docente especial, terapeuta, psicomotricista) tiene que saber poner en juego su humor. Entonces se abre una pregunta para nosotros: ¿podemos poner en juego el humor con un niño que no lo puede construir? ¿Podemos construir a partir de nuestro humor, de nuestra propia experiencia infantil? ¿Podemos dar las bases para que el niño pueda construir las de él, en un niño que tiene un peso en el cuerpo que lo cuestiona, nada jocoso, nada cómico? Lo que tiene en la discapacidad en general, a través de los diagnósticos, los pronósticos e inclusive con los avances tecnológicos, es que de algún modo cuestiona hasta lo que espontáneamente el niño haría y hasta que lo que un padre, un maestro o un terapeuta haría con él. Es difícil proponer un escena de humor a un niño que, por ejemplo porte una parálisis cerebral, y al realizarla se caiga o no pueda. Pero que pasaría con el niño si a partir de su caída, olvidándose de su parálisis o representándola, puede

armar una escena de humor, reírse de esa caída o jugar a que otro se caiga a partir de lo que él hace. Un ejemplo ocurrido tuvo que ver con un niño que tenía dificultades para caminar, donde armamos una trampa para hacer caer a los padres. Con sogas y objetos, la luz apagada y una vela armamos la emboscada y, previo guiño con el padre, al ingresar al consultorio cayó al suelo... el niño se rió muchísimo viendo como ahora el que se caía era el papá y a partir de allí vincularse con el humor y los demás. Entonces podemos ver como el humor, lejos de ser algo meramente gracioso está muy ligado a la experiencia infantil.

Cuando vemos a un personaje que hace humor nos parece en algún sentido un niño, porque los niños tienen un modo de relacionarse con el otro donde el humor les permite casi “soportar” el mundo adulto.

Por eso las ocurrencias de los niños tienen ese valor de enigma, soportan la aventura, generan una discontinuidad propia del universo infantil.

Ahora bien, ¿Estamos los profesionales formados para poder transformar una escena del orden de lo traumático en una dramática en el sentido de lo humorístico o la comedia? ¿No estamos de transformar en un niño, donde por su dificultad no puede colocar el cuerpo en juego o tiene dificultades en el lenguaje o en mirar o en moverse y hacer con esto alguna escena donde se ponga en juego el humor? Creo que el humor es un elemento fundamental para el trabajo, es el modo de construir una experiencia infantil, con lo cual una de nuestras funciones, por lo menos en la infancia de niños con discapacidades, es crear esta escena infantil donde el humor ocupe un lugar central como un modo de encuentro con el otro y de “elaboración”, casi sin darse cuenta, de su misma discapacidad.

¿Podemos afirmar la importancia del contacto del profesional con su experiencia infantil para crear este espacio de humor y de encuentro con el otro?

Una de las características del humor es la sorpresa, la ocurrencia, el disparate, el sentido inesperado que despliega. Este proceso implica que presenciemos una construcción, por lo tanto construir el humor con el niño, también implica poder construir un saber, y construir un saber acerca de las cosas humorísticamente lleva al terapeuta a tener que no saber, si sabe todo, no aparecerán lo inesperado y el humor, ni va a ocurrir la construcción de ningún saber, porque de alguna manera lo que va a pasar es lo ya sabido. En este caso no hay humor, no hay experiencia infantil en este sentido. Por lo tanto, una de las posibilidades de que surja el humor es que el lugar del poder supuesto del terapeuta caiga para que el niño pueda colocar y construir un saber. Si yo me mantengo en un saber tan alto no hay posibilidad de construcción de ningún saber. Ahora bien, que un niño construya un saber nuevo, algo inesperado, implica un modo de pensar, no es sólo una experiencia lúdica. Este es el sentido del humor, porque en la repetición y la rutina no hay humor, lo interesante es la presencia de lo inesperado, disparatado o no calculado, porque lo que cae fuera del cálculo es lo que causa humor. Este plus de placer, de elaboración, de saber es el que hay que inventar y que no lo saben ni el terapeuta, ni el docente ni los papás, sino que se construye en el encuentro con el otro. Para producir este saber tengo que, previamente, descubrir el no saber. Nosotros, los profesionales, que no fuimos formados para el humor sino para saber que hay que hacer, para poder diagnosticar, para ubicar los signos y dar una respuesta, para saber hacer los objetivos, para colocar un método y armar los contenidos, no fuimos formados para no saber. En ese sentido un método va en contra del humor y cada vez hay más métodos, cada fineza del diagnóstico coloca un nuevo método: método para los niños autistas, para el trastorno general del desarrollo, para el niño ADD, pero ¿cuándo se pone en juego la experiencia infantil que implica necesariamente el pasaje por el humor como invención de un nuevo saber?

¿Cuál es el rol del otro en la formación de este nuevo espacio de saber a partir de la experiencia del humor? ¿Qué sucede cuando el otro, padres o sociedad, tiene recelo de transitar dicha experiencia por prejuicio?

Ante esto podemos decir que el humor no es discapacitado. No existe la discapacidad en el humor. Por lo tanto al no haber diferencias en el campo del humor inventamos un saber que después nos sorprende.

Tenemos que aprender a relacionarnos con el niño con discapacidad más allá de ella, porque sino excluyo la experiencia del humor, en todo caso nos relacionaremos con un sujeto y lo que él produce, y en este encuentro llego al campo de lo infantil y del humor. Si nos quedamos con la discapacidad caemos en la conceptualización y lo que empieza a jugarse como subjetividad es lo que está por fuera. El humor empieza a construirse desde el nacimiento, cuando la madre le sonrío al niño y el niño le sonrío a la madre. Spitz colocaba esta experiencia como un organizador, la sonrisa social que le permite al otro establecer una experiencia donde se reconoce y comparte ese plus. En el punto contrario cuando el niño porta una discapacidad y la madre no pude terminar de sonreír y armar una escena, el humor cae y lo remite de nuevo a la discapacidad, lo real del cuerpo. Esta experiencia es lo que se ha denominado en estimulación temprana como el rearmado del espejo, que en este caso podríamos llamar también “rearmado del humor”, porque para la madre esta es una experiencia placentera donde recupera a través del niño su propia experiencia infantil, inclusive como hija. Si por la discapacidad se rompe esta referencia, difícilmente el niño pueda armar una experiencia de humor. Foucault afirmaba que toda experiencia es una experiencia de ficción, en algún sentido que nos permite también imaginarizar un nuevo saber.

Ligada a la experiencia del humor, a través de la ocurrencia y del sentido de lo inesperado antes mencionado, está la experiencia de la improvisación. ¿Existe lugar para la improvisación en la construcción del humor desde el espacio profesional?

Cuando nos encontramos con un niño por primera vez una estrategia dentro de este encuadre puede ser armar un lazo, una relación. Si primero yo pongo un método difícilmente pueda armar una relación más que a través del método. Cuando uno se encuentra con otro, no se encuentra a través de un método, sino a través de esa relación. Ahora bien, en la práctica: ¿cómo lo hago y a través de qué? Aquí se empieza a jugar algo del orden de la improvisación, porque no puedo calcular todo lo que va a ocurrir, ni siquiera puedo anticipar que vamos a producir ambos en ese lazo. Por esta razón es que no puedo establecer una táctica definitiva, sino una estrategia, y esta táctica va estar en función del saber que yo tenga, del objetivo final, etc. Por lo tanto la improvisación como lo espontáneo es fundamental que surja en tanto y en cuanto lo puedo encuadrar dentro de lo que llamamos una terceridad, un marco simbólico, dentro de un sentido.

Dentro de este sentido subyace una táctica y dentro de la táctica puedo improvisar y producir espontáneamente pero después me alejo para poder reflexionar sobre eso que hice. A diferencia de un actor que improvisa, nosotros, sobre eso que acontece que no preveíamos los pensamos y analizamos y rearmamos la estrategia. Sobre el producto de lo improvisado o espontáneo reflexionamos sobre los efectos que ese acto en función de la teoría y el saber al cual uno está convocado.

Hablamos de la inexistencia de un humor discapacitado, sin embargo la sociedad muchas veces para referirse o relacionarse con determinados temas que refieren al humor donde entran en juego la discapacidad o la salud se habla de humor negro. ¿Existe el humor negro? ¿De dónde surge esta necesidad de etiquetar un humor al margen?

En ese sentido podemos decir que el humor negro es un humor que intenta mediar o armar un lazo con lo siniestro, con aquello que no tiene representación. Creo que es un intento posible de hacer algo con aquello, como la muerte, que no tiene representación y que solo permite soportarlo, soportar lo imposible.

De esta manera, un modo de anudamiento, de juntura, de inclusión con lo imposible incluido es armar un escenario de humor para que por lo menos alguna representación toque lo real.

En algún punto todo humor es negro, ya que todo humor anuda algo que no se sabe o que enmascara otro.

Cuando el niño se ríe, se anima a entrar en lo inesperado y espontáneo dentro del espacio de la terapia, ¿puede el profesional dejarse impactar con esta experiencia?

Si, en cuanto y en tanto ese otro (psicomotricista, terapeuta, docente) se deje impactar. Ya no pasa tanto por el niño, si por si uno está en posibilidades de dejarse impactar por un niño, y además por un niño con una discapacidad. En general, como ya hemos comenado, lo que primero aparece es la técnica o el saber que se transforma en poder. Aquello que no creemos que tengamos el saber o el poder en el encuentro con el niño, entendemos que cuando se produce una escena de humor del orden de lo infantil que provoca un impacto en el niño, provoca también una marca. Ahora bien, ¿si ese marcante deja una huella en el niño, también deja una huella en nosotros como terapeutas, para pensar en ello dentro de una estrategia nueva, teóricamente?. Creo que sería demasiado omnipotente pensar que esto sólo impacta en el niño. Si aparece esa marca y provoca un viraje en el tratamiento o en la escena docente, algún efecto provoca en la posibilidad de la estrategia y de la conceptualización del camino a recorrer.

Lic. Esteban Levin

Lic. Esteban Levin es psicomotricista, psicólogo (psicoanalista), profesor de Educación Física, Director de la Escuela de Formación en Clínica Psicomotriz, Docente de la Facultad de Psicología (UBA), Profesor de la Universidad de Barcelona del Master de Psicomotricidad Terapéutica, Profesor de la Universidad Federal de Fortaleza (Brasil).